

MENSAJE DEL GOBERNADOR DEL ESTADO LIBRE
ASOCIADO DE PUERTO RICO

LIC. RAFAEL HERNANDEZ COLON,
CON MOTIVO DE LA CELEBRACION DEL

CENTENARIO DEL AUTONOMISMO PUERTORRIQUEÑO

EL DIA 8 DE MARZO DE 1987

A LA 1:30 P.M. EN LA PLAZA LAS DELICIAS, PONCE

Conmemoramos hoy en el centro histórico en restauración de Ponce un hecho significativo, ya centenario, de profundas resonancias en nuestra historia política y en la evolución de nuestra conciencia democrática: la celebración de la Asamblea de Ponce de 1887 de la que surgió el Partido Autonomista Puertorriqueño, bajo la inspiración de la noble figura de Román Baldorioty de Castro.

Un 7 de marzo de 1887, el teatro La Perla abrió sus puertas a los delegados puertorriqueños de toda la isla, representantes del anhelo autonómico de nuestro pueblo. La Asamblea de Ponce, la fundación del Partido Autonomista y, finalmente, la implantación en 1897 de la Carta Autonómica, sobresalen como las conquistas de un pueblo que desde las raíces de su identidad quiso perfeccionar su propio estilo de libertad.

Cuando desde la perspectiva de cien años contemplamos ese acontecimiento, cuando lo colocamos dentro del marco del acontecer político puertorriqueño, no podemos menos de concluir que la Asamblea fue un hecho decisivo. Señaló el fin de una época de tanteos y búsquedas de fórmulas políticas y comenzó a dibujar, con mayor claridad, con más clara intuición, la fórmula autonómica que

habrá de ser, que sigue siendo, esa ancha corriente central, ese centro vital, que ha recogido las aspiraciones y afanes políticos del pueblo puertorriqueño.

El autonomismo es la corriente que distingue nuestra vida actual, la que apunta hacia las metas del futuro y la que posee un profundo sentido de continuidad histórica. Esta corriente nos liga a los esfuerzos y luchas de diversas generaciones, nos hace herederos de grandes pugnas cívicas, nos fortalece y afirma nuestra conciencia de pueblo, nos da una vivencia real, profunda, de nuestra puertorriqueñidad.

La Asamblea tuvo un periodo preparatorio de gran interés para el estudio del ideal autonomista y tuvo unos efectos inmediatos que pusieron a dura prueba el temple de los líderes del movimiento y la supervivencia misma del ideal: la época oscura, represiva y tiránica que conocemos como los compontes bajo el gobierno del general de triste memoria, Romualdo Palacio. El ideal autonomista se vio obligado a pasar por este calvario que no fue solamente una persecución de líderes de clase media, de abogados, médicos o escritores, sino que tocó directamente al jíbaro, al jornalero, al pueblo trabajador.

El ideal autonomista hubiera fracasado, hubiera sucumbido, si sólo hubiese sido expresión de un mero puñado de hacendados, de escritores o líderes de provincia. El azote represivo lo hubiera eliminado como solución política. Pero por su fuerza de pueblo de

los componentes saldría eventualmente fortalecido para nuevas batallas que terminarían en el gran logro histórico de la Carta Autonómica de 1897. Pudo levantarse porque detrás del autonomismo había un pueblo que le brindaba cálido apoyo; un sentir popular que recorría gran parte de la isla y que habría de venerar las figuras de Román Baldorioty de Castro y Luis Muñoz Rivera, los grandes capitanes del ideal autonomista.

La capacidad del autonomismo para hacer frente a crisis sucesivas, para renovarse y volver a la carga con nuevos bríos, se pondría a prueba después de que la Guerra Hispanoamericana terminó con el esperanzador experimento de la Carta Autonómica, así como después de la depresión económica y la represión de la gobernación Blanton Winship de los años treinta. El autonomismo no ha sido tan sólo un programa político sino un proyecto de vida, un esquema de acción colectiva, para el pueblo puertorriqueño, que asegure con su bienestar, las bases de su vida democrática y la afirmación y defensa de su personalidad cultural.

Sobre este gran trípode se apoyó la obra magna de Don Luis Muñoz Marín, continuador de la gran tradición que aquí en Ponce logró su patriótica expresión hace justamente cien años. La gran tradición que día a día, en nuestras bregas actuales y en nuestras bregas del futuro el pueblo renueva y enriquece, dentro de esa gran corriente que alentó a los autonomistas reunidos en la Asamblea de Ponce!

No todo quedó definido de una vez en aquella Asamblea. De hecho, la doctrina más pura del autonomismo, la que sustentaba con profética intuición el vigoroso pensamiento de Baldorioty de Castro, tuvo que ceder ante una versión más limitada, menos abarcadora, que propulsaba desde España el diputado a Cortes Rafael María de Labra, con el apoyo del autonomismo cubano.

Baldorioty de Castro, gran estudioso de la situación de su tiempo, había visto cómo el Canadá había evolucionado hacia el gobierno propio, con la gradual y eficaz afirmación de los poderes políticos y económicos de su pueblo, sin romper lazos con Inglaterra. A juicio de Baldorioty, ése era el modelo que se debía seguir como más conveniente para Puerto Rico. La autoridad creciente del Parlamento canadiense constituía ya un hecho visible. A igual transformación interna aspiraba Baldorioty; y esa meta la contendría también la Carta Autonómica de 1897.

Pero desde España, Labra, quien había dado tantas luchas por causas antillanas, se oponía al proyecto de Don Román. Quería en vez fortalecer la representación puertorriqueña en las Cortes españolas, las que conforme a su criterio, debían proteger los derechos fundamentales y políticos y legislar hasta en materia de sufragio electoral. Labra estaba dispuesto a dejar en manos de la Diputación Provincial, especie de "quasiparlamento" puertorriqueño, todo asunto referente a los impuestos y los presupuestos. Favorecía la llamada descentralización económica y administrativa, pero no la concerniente a los derechos políticos. Era una

autonomía recortada y fue la que al fin, aceptó la Asamblea. Baldorioty de Castro cedió en aras de la unidad del partido. Sabía que la descentralización económica y administrativa que aprobó la Asamblea no sería suficiente y que su visión de un Puerto Rico dueño de sus derechos políticos era la visión del porvenir. Advirtió entonces con profética claridad el camino.

Con anterioridad a la Asamblea, Baldorioty había redactado el llamado Plan de Ponce. Si hoy evocamos la Asamblea, con mayor emoción patriótica debemos evocar el Plan de Ponce que redactó Baldorioty. Entre los principios del autonomismo, el gran maestro señalaba los derechos individuales, la libertad de cultos, la independencia de los poderes de gobierno, la inviolabilidad del domicilio, la libertad personal. !Antecedentes fundamentales de nuestro patrimonio democrático que hoy encontramos encarnados en la Constitución del Estado Libre Asociado! Sí, el Plan buscaba la mayor suma de poder político y administrativo dentro de la unidad nacional, afirmaba asimismo que el partido no renunciaría jamás a emplear todos los medios legales para transformar las instituciones. Por los rumbos del derecho de los pueblos, iría en busca de la libertad.

En el Plan se concretaba la visión de un Puerto Rico democrático con poderes para gobernarse a sí mismo, proteger los derechos individuales y orientar la vida económica y social. Si el Plan no logró triunfar en su plenitud en la Asamblea, quedó como un índice de las rutas a seguir, como una brújula política

para futuras generaciones, como un esquema fundamental de un estado genuinamente democrático.

Con honda perspicacia, Baldorioty había advertido que el camino que tenía que recorrer Puerto Rico no era el de la rebeldía por la fuerza, sino el de la gestión firme e incansable, encauzada por el sendero de la gesta cívica. Baldorioty profesaba el difícil heroísmo del que lucha desde adentro, frente a duras realidades, y claramente consciente de cuán necesaria es siempre la labor de persuasión. Era Baldorioty, por su preparación académica, uno de los grandes maestros de su tiempo, y ésa su manera de educar la trasladó a la acción política. Con razón dijo de él el gran cubano, José Martí, que "nunca fue tan lejos en Puerto Rico la libertad que Baldorioty de Castro no fuese más lejos que ella".

No hemos medido a cabalidad la profunda dimensión de aquella gesta que dirigió Baldorioty. Sobre él y sobre sus compañeros, cayeron los vituperios de los incondicionales. La insistencia de un Puerto Rico democrático y autónomo, se vio como un tremendo peligro para la soberanía española sobre la isla. Se acusó a los autonomistas de subversivos, de perturbadores de la tranquilidad de la isla.

La persecución contra el autonomismo que significaron los Comportes, pusieron a prueba la fibra moral del movimiento. Fueron perseguidos los Autonomistas, no por actos delictivos, sino

por sus ideas de afirmación democrática, por sus sentimientos de puertorriqueñidad. Se llegó, como es sabido, al encarcelamiento en el Morro de las principales figuras autonomistas. Gracias a la presión del liberalismo español, encabezado por Labra, se logró el relevo de Palacio; pero aún quedaría un largo trecho que recorrer antes de que las ideas y principios del Plan de Ponce y las bases de la Asamblea encontraran un ensayo de realización en la Carta Autonómica.

Volvamos, volvamos hoy nuestra mirada a aquella experiencia histórica. Reflexionemos todos sobre ese episodio tan hondamente significativo de nuestra historia. Muy ocupados estamos con nuestras urgencias del presente. Muy distinto es este mundo del que habitó Baldorioty. La historia no se detiene. La historia es un fluir de continuos cambios. Pero dentro de esos cambios hay corrientes profundas a las que debemos estar atentos. Ellas vienen del pasado y van hacia el porvenir. Ellas determinan lo que es la personalidad de un pueblo. Ellas se deben a distintos esfuerzos generacionales, a los empeños de otros hombres y mujeres del pasado que vieron a Puerto Rico como su patria, una patria-pueblo que había que atender, mejorar, dar realidad a sus deseos de libertad, dar satisfacción a sus necesidades de justicia, dar impulsos a su capacidad creadora, dar bases firmes a su convivencia social, a su sentido de dignidad, a su espíritu de solidaridad.

La deuda que tenemos todos con ellos es muy grande. Las enseñanzas que nos dejaron son muy provechosas. Nuestra causa autonomista, encarnada hoy en el Estado Libre Asociado, está arraigada en un siglo de esfuerzos, de luchas, de triunfos y fracasos ocasionales, pero también, de una evidente capacidad de recuperación y rebote. Si a veces hemos tenido que retroceder, si a veces se nos ha ennegrecido el horizonte, hemos sabido con firmeza y valor reemprender la ruta. !Marchamos siempre con la gran corriente central de nuestra historia, la que advirtió y definió Román Baldorioty de Castro, por la que batalló Luis Muñoz Rivera, por la que alcanzó tan inmensos logros democráticos, Luis Muñoz Marín! En esa tarea de generaciones estamos empeñados, e igualmente estarán los que nos sucedan si han de ser fieles a sí mismos y fieles a ese noble pueblo de Puerto Rico al que todos servimos, el que nos legaron nuestros padres y abuelos, al que dedicamos nuestros esfuerzos del presente, el que transformarán -así esperamos- con su espíritu creador, las futuras generaciones de puertorriqueños.

Esta es la promesa, esta es la visión que hoy renovamos, a cien años de la histórica Asamblea de Ponce.